

Agradecimientos - Ordenaciones presbiterales y diaconal

Chivilcoy, sábado 22 de marzo de 2025

Queridos hermanos, familia y amigos:

Lo primero que queremos manifestar es un gracias inmenso a Dios, nuestro Señor, a la santa madre Iglesia por este don tan grande e inmerecido y a la Madre del Señor, nuestra Señora de Luján. “Nadie se arroga esta dignidad, si no es llamado por Dios” dice la carta a los Hebreos (cf. 5,4). Si estamos acá es por pura misericordia y fruto de la preferencia de la mirada tierna de Dios que se prolonga en la historia y se actualiza para nosotros a través de Su Cuerpo, que es la Iglesia.

Ser sacerdotes se abrió como posibilidad para nosotros porque primero nos sentimos necesitados del sacerdocio de la Nueva Alianza que ha instituido Jesús en la Última Cena, y que hoy nos alcanza. La vida grande que deseamos en lo más profundo de nuestro interior, la felicidad y la plenitud que se despliega como exigencia en cada latido de nuestro corazón, nos viene como don en las manos de los mediadores que el Señor ha puesto a apacentar a Su rebaño.

No hay que hacer mucha constatación empírica para afirmar que somos pecadores. Pero, ¿por qué no se diluye con nuestros límites y pecados el horizonte de esta vida grande que soñamos? ¿Qué salva el bien que deseamos y al que, sin embargo, a menudo somos incapaces de ser fieles? ¿Qué salva que las cosas más hermosas no se pierdan con nuestros yerros? “*Yo te absuelvo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*”. Una y otra vez estas palabras rescatan nuestra vida del barro en el que nuestro límite y pecado nos meten, nos devuelve la posibilidad de poder decir con todo nuestro ser limitado y frágil ¡cuánto te amamos, Cristo! Tal como le sucedió a Simón Pedro, Jesús no le reprochó el límite ni la traición, sino que le devolvió la posibilidad de afirmar que lo amaba: “Simón, ¿me amas?” (Jn 21,16). ¡Así es cada vez que nos acercamos al sacramento del Perdón! Otra vez vuelve a suceder la misma escena.

También somos primero necesitados de este don porque entre tanta chatarra efervescente y fugaz, con su fuerza centrípeta y autorreferencial no nos alcanza para saciar nuestra hambre de infinito, de lo que perdura... tenemos hambre de un alimento que no pueden hacer nuestras manos: “*Tomen y coman todos de él, porque esto es mi*

cuero que será entregado por ustedes". San Agustín decía: "No somos nosotros quienes asimilamos este Pan, sino que el Pan nos asimila a sí". El pan Eucarístico pone nuestra vida en la dinámica del amor que se entrega, que abre la vida a otros, ¡a todos! Y, paradójicamente, abriendo nuestra vida, perdiéndola por otros, ella es llevada a su cumplimiento y la encontramos: "El que pierda su vida por mí, la encontrará" (Mt 10,39).

Somos necesitados porque anhelamos una vida para siempre... para nosotros, pero también para aquellos que amamos. Porque "amar a una persona es decirle: «Tú no morirás»". En Aquel que dijo "Yo soy la Vida" (cf. Jn 11,25) somos sumergidos: "*Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*".

¿Y quién no se siente necesitado cuando padece la enfermedad y el dolor? El yugo de la enfermedad es demasiado pesado para llevarlo solo... pero gracias a Dios tenemos la fortaleza de Cristo: "*Por esta santa Unción y por su bondadosa misericordia te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo...*".

En fin, hermanos, somos necesitados del sacerdocio ¡porque somos necesitados de Cristo! Sin Él no hay vida. Y es a través de los sacerdotes que nos alcanza habitualmente la vida de Cristo. ¡Cuántas cosas por las que hoy nosotros estamos acá han sido posibles por la acción sacerdotal! Así el Señor hace accesible el cumplimiento de nuestra vida.

Con todo esto, ¿quién no quiere ser sacerdote? Por eso hoy nuestro corazón rebosa de alegría, porque es el día en que este don y tarea nos ha sido confiados a nosotros por el Señor. Rogamos e invitamos a todos ustedes, hermanos, que nos sostienen con su oración, que sigan rezando para que siempre estemos al servicio de la Iglesia, buscando incansablemente ser santos ministros, fieles y fecundos. Que así como nosotros somos necesitados del sacerdocio, a ningún necesitado neguemos nunca la acción de nuestro ministerio, que es la acción del mismo Cristo.

Queremos agradecer a nuestras familias, donde la vida del Resucitado cobró sus primeros atisbos, sea aprendiendo la oración del ángel de la guarda, el Padre nuestro o el Avemaría. Familias: Los cuatro los tenemos en alta estima. Siempre serán ese lugar donde podremos ser hijos y hermanos. Papás, mamás, les queremos decir que aprendemos a ser padres viéndolos a ustedes. Además, queremos junto con ustedes darle gracias a los familiares que nos acompañan desde el Cielo, cuya presencia se siente tan intensamente como la de ustedes que están acá.

Otro agradecimiento especial va dirigido a nuestros amigos, piedra fundamental de la vida cristiana. Desde que el Señor dijo “Yo los llamo amigos” (Jn 15,15) introdujo nuestros vínculos de amistad en el ámbito sacramental: ustedes, amigos, son el rostro del Señor que nos acompaña, son la mirada tierna y justa sobre nuestra vida, ¡tantas veces han sido la palabra que Dios nos tenía que decir a nosotros! ¡Gracias por su compañía incondicional!

Damos gracias a los sacerdotes que nos han acompañado en el inicio y el transcurso de la vocación. Especialmente gracias a los formadores del seminario, “padre de padres”, que tienen la desafiante tarea de custodiar y descubrir el misterio de la vocación en nombre de la Iglesia. Gracias a los formadores que nos recibieron: padres Darío, Norberto, Alejandro y Pablo; gracias a los que han sido parte de la formación: padre Diego Zacca y Mons. Pedro; y gracias a los que nos acompañaron en este último tramo del camino: padres Lucas Jerez, Lucas Figueroa, Daniel y Luis. ¡Gracias, formadores! ¡Gracias también a todos los profesores y personal del seminario!

También otra acción de gracias queremos tributar a nuestros hermanos en la formación. Queridos seminaristas –especialmente los de nuestra arquidiócesis–: gracias por la compañía incondicional y por mostrarnos tan patentemente que la alegría de este día no es solo nuestra. ¡Los esperamos en el ministerio!

Queremos también agradecer a nuestros compañeros de curso, a los laicos que son siempre incondicionales y fieles con su presencia, a los compañeros que en el camino han descubierto su llamado a otro tipo de vida, y aquellos con los que compartimos el gozo del Orden sagrado: Miguel, Eduardo y Tomás. ¡Gracias por todo lo compartido! ¡Nos seguiremos acompañando!

Deseamos expresar nuestra gratitud también a los obispos que han acompañado nuestro camino. Primero, a quien recibió nuestra inquietud al principio, y nos permitió ingresar al seminario: Mons. Agustín Radrizzani; luego, a Mons. Jorge Eduardo que nos ha acompañado la mayor parte de nuestro seminario y quien, en nombre de Dios y con la autoridad de la Iglesia, ha confirmado y nos ha transmitido el don inmenso del Orden sagrado; y a Mons. Mauricio que nos ha acompañado este último tiempo.

Gracias a nuestros hermanos sacerdotes que hoy nos reciben en el presbiterio. Gracias por el entusiasmo y los buenos deseos que siempre manifestaron para con nosotros. Estamos con muchísimas ganas de trabajar junto a ustedes para que Cristo alcance a todos.

Gracias a los diáconos que nos han recibido a nosotros como hermanos, y que hoy reciben a Manu como uno más entre ustedes. Gracias por la compañía de siempre y por cuidarnos.

Damos gracias a todas las comunidades que nos han recibido durante nuestra formación. Sepan que cada una ha ido cincelando el corazón de los cuatro a imagen del Buen Pastor. Especialmente agradecemos a nuestras primeras casas: Pquia. San Isidro Labrador, de Chacabuco; Basílica de Ntra. Sra. de Luján y Pquia. Ntra. Sra. del Carmen, de Gral. Rodríguez.

No queremos dejar de agradecer a los sacerdotes de la ciudad, a todo el equipo de laicos y a todos los que colaboraron tanto en la liturgia como en el compartir que viviremos en unos instantes. Sabemos que trabajaron y se esforzaron arduamente para que este día sea una fiesta. Sepan que el Señor, que no se deja ganar en generosidad, les devolverá el ciento por uno.

Una última cosa: para aquellos jóvenes que estén planteándose la pregunta de ser sacerdotes, les decimos haciéndonos eco del Señor: “No tengan miedo” (Mt 28,10). ¡Esto es hermoso! Dios no quita nada de lo que hace la vida bella y grande, más aún, a los sacerdotes nos hace testigos y servidores de las cosas más grandes de la vida. ¡Gracias a todos! ¡Dios lo bendiga!

Diác. Manuel Asenzo

Pbro. Agustín Báez

Pbro. Agustín Denezio

Pbro. Nicolás Monti